

SEGUNDO CERTÁMEN

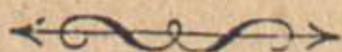
DE

EL DIARIO DE MURCIA

CELEBRADO EL DIA 5 DE SEPTIEMBRE DE 1888.

COMPOSICIONES PREMIADAS.

MEMORANDUM.



MURCIA, 1888

Imprenta de «El Diario

Sociedad, 10.

DMUR
918

Recuerdo afecho
a mi buen amigo
Carlos Rivi-ferres.
Jefe de la Oficina de
Lanchas

26-X-944



BIBLIOTECA REGIONAL



1066869

44750

DNUR

918

R. 102.649



2
SEGUNDO CERTÁMEN

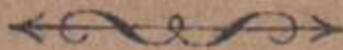
DE

EL DIARIO DE MURCIA

CELEBRADO EL DIA 5 DE SEPTIEMBRE DE 1888.

COMPOSICIONES PREMIADAS.

MEMORANDUM.



MURCIA, 1888

Imprenta de «El Diario
Sociedad, 10.

PROCEDENCIA BIBLIOTECA
CARLOS RUIZ-FUNES

LA FÉRIA DE MURCIA

(Composicion galardonada con el Premio de Honor; una estàtua de bronce, regalo de S. M. la Reina Regente.)

que Murcia es un tulipan
con aroma de jazmin.

(Zorrilla.—De Murcia al Cielo.)

I

Á MURCIA

Murcia, mi tierra querida,
cuna hermosa de mi vida
que nunca podré olvidar,
préstale al alma abatida
alientos para volar.

Dáale á mi lira el acento
que forma cruzando el viento
por tus bosques de moreras,
y el dulcísimo conciento
de tus floridas riberas.

Deja que en dulce expansión
se dilate el alma mía,
y que pueda en mi canción
darte unida la poesía
con la fe del corazón.

Dá á mi senecillo cantar

el alegre despuntar
de tus risueñas mañanas,
formadas al despertar
de las gallardas murcianas,

Para que pueda este día
sin temeraria osadía
puesto de tí frente á frente,
cantar en himno valiente
tu hermosura y tu valía.

Canto que tenga el aroma
de las flores en capullo,
sabroso como la poma
y tierno como el arrullo
de la cándida paloma.

Fe y amor he de cantar;
gentileza y bizarría
de hermosas fiestas al par:
tú lo guardas, Murcia mía,
y en tí lo vengo á buscar.

Y pues iguala mi anhelo
al águila que recorre
del aire el tremante velo,
deja que suba á tu torre
y vuele desde ella al cielo.

II

LA FÉRIA

Cual abre la flor su cáliz
al despuntar la mañana
y sus pétalos lozanos
el fresco ambiente embalsaman;
como en el bosque resuena
la discordante algazara
que los pájaros producen
al sorprenderlos el alba;
como del lecho de plumas

la odalisca se levanta,
cuando de músicas dulces
la argentina resonancia
le avisa que ya le esperan
los placeres de la zambra;
lo mismo despierta Murcia
del letargo que la embarga,
luciendo al desperezarse
su hermosura soberana.

Do quier á su planta brotan
guirnaldas de flores gayas;
el Thader manso la arrulla
y al mismo tiempo la baña
al par que de blancas perlas
su vestidura recama.

Todo brilla, todo luce
con reflejos de oro y nacar:
y hasta la cúpula altiva
de nuestra torre gallarda,
en los dias de la fèria
parece que está mas alta.

—
¿Quién describirá el barullo,
esa mezcla abigarrada
que alegre bulle y circula
por las calles y las plazas?
¿Quién, si parece el gentio
récio torrente que salta
de su cauce, y ora corre
rugiendo por la garganta,
ora apacible y sereno
en el remanso se para
y otra vez, con doble empuje,
por entre riscos se lanza?

Aquí el vibrar melancólico
de la armoniosa guitarra
llena el espacio de notas
amorosas y pausadas,

y alguna voz soñolienta
entona alegres parrandas,
á cuyo ritmo ligero
los mozos del pueblo bailan.
Infernal algarabía,
con pitos de voces ásperas
mueven los chicos, que montan
sendos caballos de caña.
El vendedor ambulante
de acerolas y avellanas,
la florera con sus nardos,
jazmines, rosas y dalias,
las vistas y exposiciones,
las mozas que venden agua,
frescas ellas, en sus puestos
adornados con albahaca,
todos gritan y se mueven,
todos bullen, todos hablan,
formando tropel sonoro
que hasta el cielo se levanta.

III

ENTRADA DE LA VÍRGEN

Todo respira alegría,
todo vida y movimiento,
y la fe y el entusiasmo
agitan todos los pechos,
al esperar de la Virgen
el hermoso advenimiento.
Y repican las campanas
con algazara y estruendo,
y se mueve en oleaje
de ardiente emoción el pueblo,
que llena el Puente, se aprieta
y se dilata, cubriendo
como si fuera un sembrado,

la extensión del ancho suelo.
Y unos gritan y otros corren
empujándose y cayendo,
y todos quieren ponerse
delante de los primeros.

Y bullen, se arremolinan,
y el creciente clamoreo
resuena como avalancha
que se despeña en el cerro.

Se apiñan en los balcones,
de colgaduras cubiertos,
las bizarras murcianicas,
gala hermosa de este suelo,
como racimos de flores
en los recuadros de un huerto.

Se oye el doble de la «Nona»
pausado, grave, severo
y puebla el espacio mudo

un «¡viva!» tronante, inmenso.

«¡Ya está aquí!» dicen los unos,
«¡La Virgen!» gritan aquellos,
y abren calle, replegándose
como innumerable ejército.

Chusma de tiernos rapaces
viene delante corriendo,
como bandada de pájaros
ó cual ángeles del cielo,
agitando verdes cañas
y las gorras y pañuelos.

Y al divisar á la Virgen
es el ¡viva! tan supremo,
que resuena en lo más hondo
de los séres más incrédulos.

Que es mirar cómo las madres
alzando en los brazos trémulos
á sus hijos, quieren todas
bajo su amparo ponerlos.

«¡Mirala qué hermosa!», dicen,

y los pobres pequeñuelos
levantan las manecitas
candorosos sonriendo.

Y hombre que nunca ha llorado,
que tiene de bronce el pecho,
advierte, que en este instante,
la férrea valla rompiendo,
ráudo torrente de lágrimas
inunda sus ojos secos.

Y «¡viva!» gritan los grandes,
«¡viva!» gritan los pequeños;
y bajo lluvia de flores
que arrojan todos los huecos,
pausada la procesion
llega al magnífico templo,
cuyas bóvedas retumban
con los vitores del pueblo.

IV

DIAS DE TOROS

1.º

Por la mañana en la Platería

Bajo los toldos de lona
que cubren la Platería,
toda Murcia se amontona
bulliciosa y juguetona
en alegre algarabía.

Gente de vária ralea
y distintas poblaciones,
confundida se pasea
llevada de igual idea
é iguales aspiraciones.

Junto á la hermosa lorquina,
gentil como la palmera,

muestran su gracia divina
la arrogante alicantina
y simpar cartagenera.

Entre el perfumado ambiente
y el embriagador efluvio
de la morena candente,
marcha con paso indolente
la blanca de pelo rubio.

Y con donaire y con brio,
ardientes boca y pupila,
luce en medio del gentío
la muchacha de *trapío*
su pañuelo de Manila.

Cruje el raso, como rueda
de diminuto engranaje,
y á cada paso se enreda
el largo fleco de seda
con los botones de un traje.

Entre el tumulto ruidoso
surge do quier vocinglero
el pilluelo revoltoso,
que vá vendiendo afanoso
el abanico torero.

Sobre el clamor general
de aquella expansion tan franca,
suena la marcha triunfal
que diestro el músico arranca
de los senos del metal.

Dando remate galano
á este cuadro soberano
de gigantes proporciones,
el mujerio murciano
que corona los balcones.

2.º

¡Á LOS TOROS!

¡Hala! en nube polvorosa

que el ardiente sol calcina,
ráudos vuelan los carruajes
que arrancan del suelo chispas.

«¡A los toros, á los toros!»
grita con fuerza el auriga
haciendo crugir la fusta
sobre los potros que guía.

¡Hala! jacas enjaezadas
con moños y campanillas,
de elegante carretela
en veloz escape tiran.

¡Hala! ¡á la plaza, á la plaza,
que vá á empezar la corrida!

La gente, con récio empuje,
se amontona en las taquillas,
y espera turno impaciente
y jura y se arremolina.

Cruzan do quier las tartanas
cuyas ballestas rechinan;
por todas partes circulan
botellas de manzanilla,
que lanzan aureos reflejos
del rayo del sol heridas.

¡Hala! la música suena
y al más perezoso anima.

¡Hala, hala, que ya parten
á la plaza las cuadrillas...!

¡A los toros, á los toros,
que se empieza la corrida!

Y el movimiento exaltado
con que la gente transita,
parece un mar, cuyas olas
se estremecen y palpitan,
coronándose de espuma
ligera y alabastrina,
que forma la blanca seda
de mantones y mantillas.

3.º

LA CORRIDA.

¡Brava plaza! ¡Lindo herraje!
Nada hay pobre ni mezquino,
desde el récio balconaje
á los remates de encaje,
en este circo taurino.

Parece que están bordados
con sedas y argentería
los contornos delicados
y los sutiles calados
de la hermosa crestería.

Nunca aspecto tan garrido
presentó el circo romano,
ni se vió tan concurrido:
que en palcos, grada y tendido
no cabe de arena un grano.

El sol que brilla esplendente
derrama trémula lumbré
sobre aquella mar viviente
que forma la muchedumbre
agitándose impaciente.

Y el constante movimiento
esmalta en colores ricos
al oleaje violento
que forman los abanicos
aleteando en el viento.

Aplaude la gente y chilla
en confusa batahola,
si aparece una manola
con la clásica mantilla
de la gran fiesta española.

Y crece el barullo y crece
con impulso tan violento,
que el ancho circo estremece
y su clamor ensordece

el límpido firmamento.

Hasta que cesa el tropel,
y súbito aplauso arranca
el valeroso corcel,
que pisando el redondel,
cubierto de espuma blanca,
pecho, brazos y rendeje,
adelanta con coraje
en escarceo valiente,
llegando bajo el paraje
del palco del presidente.

Vuela la llave en la altura,
diestro el ginete la apara,
siempre firme en la montura;
ceja la cabalgadura
sin volver atrás la cara,

y entre el aplauso tronante
rompen marcha las cuadrillas,
con el alguacil delante,
cerrando el cuadro brillante
los piqueros y mulillas.

Nunca el ruido impetuoso
del aplauso estrepitoso
produjo el raudó huracán,
ni en su seno cavernoso
rugió tan fuerte el volcán.

Rasgando el viento sutil
resuena el clarín sonoro,
y con divisa gentil
por la puerta del toril
se lanza á la plaza el toro.

Toro negro, sevillano,
de asta aguda y retorcida,
que con la potente mano
escarba el menudo grano
de la arena humedecida.

Delante del picador,
rebramando de coraje,

mira con ojo avizor
el singular atalaje
del caballo corredor.

El hombre cita impaciente
à la res que embiste brava,
su empuje guarda valiente,
y la garrocha le clava
en la cerviz eminente.

Puesto enfrente del novillo
un peon de las cuadrillas
cara à cara, no à hurtadillas,
le adorna el ancho morrillo
con un par de banderillas.

El toro brama y berrea;
en la barrera cornea
al verse herido y burlado,
y con su cola golpea
el ijar ensangrentado,

Hasta que luego el espada,
después de brindar la muerte
en la forma acostumbrada,
marcha à la postrera suerte
con la *muleta* plegada.

Tal el fuerte gladiador
que el circo romano pisa,
busca agradable sonrisa
y la postura mejor,
cuando à la fiera divisa,

Al mismo testúz se llega,
el rojo trapo despliega
con primoroso trasteo,
comenzándose la brega
más lucida del toreo.

Cuando se *cuadra* la fiera,
reina en la plaza un segundo,
en el que solemne impera
desde el palco à la barrera
el silencio más profundo.

El diestro el capote lia;
 tiende la espada arrogante
 con suprema valentía,
 y al animal desafía
 que le embiste centellante.

Y la gente entusiasmada
 aplaude viendo la espada,
 que entre sangrientos efluvios
 la lleva el toro clavada
en la mitad de los rubios.

4.º

LA GLORIETA.

Si las noches del estío,
 apacibles y risueñas
 siempre son y encantadoras
 en esta bendita tierra;
 si melancólico el aire
 en la frondosa alameda,
 con dulcísima armonía
 canta amorosas consejas;
 si aquí parece la luna
 entre esplendentes estrellas
 gróndola hermosa de nácar
 que limpio lago atraviesa,
 de bruñida superficie
 cuyo cristal cabrillea;
 si aquí las noches son siempre
 misteriosas y halagüenas,
 ¿qué encantos tendrá mi pátria
 en las noches de la féria?
 ¡Bien haya el preclaro vate
 que dijo de Murcia, que era
 un hermoso tulipan
 y un lindo pomo de esencias!

—
 Todo es luz, todo armonías;

el salon de la Glorieta
parece un áscua de oro
con fulgores de diadema,
que se hubiera fabricado
con diamantes y con perlas.
Con tal luz y tanto brillo
su recinto centellea,
que los ojos al mirarlo
se deslumbran si no ciegan.

Triple círculo de luces,
cuyo fulgor se encadena,
forma tres áureos anillos
concéntricos, que semejan
los que al dorado Saturno
en los espacios rodean.
Y dentro, cual polvo de oro
que entre el sol revolotea,
ó luminicos Querubes
que en los cielos alejean;
de embriagadores aromas
entre la atmósfera densa,
circula, bulle, se agita
infinidad de bellezas,
que en mansión de las huries
convierten á nuestra tierra.

CONCLUSIÓN

No he venido á buscar aplauso vano,
ni á segar un laurel inmerecido:
solo vine á cantar por ser murciano,
por tributar rendido
homenaje de amor, prenda que debo
al pueblo en que he nacido
y cuya sávia en mis alientos llevo.
Al pueblo donde alegre mi existencia

se deslizó entre flores
de purísima esencia;
donde en sueños de luz y de colores
virgen gallarda de simpar belleza,
el cielo me brindó de sus amores
y al alma saturó de su grandeza.
Donde sentí las horas
cual ráudo torbellino
pasar embriagadoras,
sembrando de esplendores mi camino.
¡Momentos de ventura
do el alma, desatando el fuerte nudo
que la aprisiona al suelo,
con alas prepotentes, fiera pudo,
remontada en la altura,
desafiar valiente al mismo cielo!

Por eso, Murcia mia,
llegué á cantarte en tan solemne día,
sin temer que me taches por osado,
si en tus eternas fuentes de poesía
templé la sed de mi laud cansado.

Pobre el canto será.... ¡pobre sería
por los mismos Querubes entonado,
en rutilante coro
pulsando en tu loor sus arpas de oro!

Eduardo Martinez y Rebollo.

18

A NTRA. SRA. LA VIRGEN DE LA LUZ

(Premio concedido por el Sr. Obispo de esta diócesis: Un reloj de bronce.)

De Murcia al Cielo.

J. Zorrilla.

ODA.

Para que audaz mi corazón levante
su voz potente y ánimo sereno
y al eco de ella tus grandezas cante,
necesito el fragor ronco del trueno
que negro engendra tempestad bravia,
que hirviente el rayo en los espacios gire,
que el ángel le regale su armonía,
que le alumbre tu luz y Dios la inspire.

No basta la entereza
del alma pura que en la fé se enciende,
para ensalzar tu espléndida grandeza
que por el mundo como el sol se estiende.

¡Qué vale de mi canto
el acento vibrante, qué el sonoro
tropel de los recuerdos que levanto
del polvo del olvido, si incoloro
el Cielo ante mis ojos aparece
y no le presta á mi oracion aliento!
¡Qué vale el alma que se ensancha y crece
si Dios no le ilumina el pensamiento!

Yo te quiero cantar para memoria
de mi eterno fervor: para que llegue
mi espíritu volando hasta la gloria
sin que al tocarla tu esplendor le ciegue.

Mi frente combatida
al remontarse ante tu cumbre santa
se alza hasta Dios por tu fulgor herida,
cual palmera que al cielo se levanta
y besa el astro que le dá la vida.

Yo vengo con la fé y á ella me entrego
en los escollos del sendero humano,
por donde el alma generosa avanza
para buscarte á ti que eres el fuego,
que siempre alienta al corazón cristiano
que tiene en tus bondades esperanza.

Por eso ante el recuerdo de la idea
que se agita en mi mente arrebatada,
donde tu régio trono centellea
como el rayo de Dios, inmaculada
se destaca tu imágen prepotente,
rico blason de nuestra santa historia;
por eso al irradiar sobre mi frente
¡oh Virgen de la Luz! canto tu gloria.

¡Y cómo no! si el pueblo que palpita
delante de tu altar, y se prosterna
para rendir á tu virtud eterna
su adoracion bendita,
siente en su corazón la fé que alcanza
á enaltecer sus nobles sentimientos,
á afirmar en su pecho la esperanza
y á elevar hasta Dios sus pensamientos.

¡No le ves en devota romería
cuando la aurora tu capilla baña,

ó la noche la envuelve en su sudario,
escalar en tropel con alegría
la cresta inmemorial de esa montaña,
llegar al Santuario
y allí entre los fervores
que le inspira tu Eden, desde sus puertas
cubrir tu trono de fragantes flores,
hermosas como el campo de sus huertas!

En su entusiasmo ardiente,
cruzando la espesura
en la emocion sublime del creyente,
lo oyes allí que su oracion murmura
ante el límpido rayo de tu frente,
pidiéndote en la angustia de su llanto
tu fé para consuelo,
y que disipes con tu hermoso manto
las negras tempestades de este suelo.

El iris reflejado en tu sonrisa,
dibujada la paz en tu semblante,
acariciada por la blanda brisa
que cruza el monte, suspirando errante,
irradia tu mirada que destella
rayos de amor para el que llora y siente,
que á Dios nos lleva cual la roja estrella
que llevaba á los reyes del Oriente.

Desde esa altiva sierra
en que brotan las flores sin abrojos,
las lágrimas enjugas de esta tierra
que puestos siempre en tí tiene sus ojos.

Tú, Virgen de la Luz, nunca te olvidas
de los que acuden en sus tristes horas
á implorar tu piedad: las pecadoras,
almas arrepentidas,
buscan en tí la caridad inmensa

que siempre has prodigado,
encontrando por dulce recompensa
el perdón del pecado.

Por eso en la alta cumbre
en que tu excelso trono reverbera,
cuando del sol la esplendorosa lumbre
baña en él su brillante cabellera,
los vientos enmudecen,
gimen las áuras con su voz suave,
abren las rosas, los jazmines crecen,
y en las ramas del árbol, canta el ave.

Ante tu puro aliento que reanima
el mundo encantador que te rodea,
te brinda con fervor sobre esa cima
cuanto esta tierra en sus entrañas crea.

¿No oyes bramar en su brutal coraje,
arrastrando las nubes, la tormenta
y al rayo descender, roto el celaje
que el horizonte en su confin ostenta?
¿Y no la ves que ante tu niveo seno
en señal de humildad y de homenaje,
los rayos huyen y se apaga el trueno?

La fuente rumorosa en que reclina
la palmera sus hojas desmayadas,
que las vertientes perfumadas riega,
reflejando en su linfa cristalina
las verdes enramadas
que en bosque tornan la frondosa vega,
levántase orgullosa
al descender por áspera pendiente
porque, cantando, corre silenciosa
tus sublimes grandezas sonriente.

Al pié de los pinares

que van bordando las agrestas faldas
de las floridas cuestras seculares,
sus ondas de esmeraldas
desliza el arroyuelo suspirando,
que, perdido debajo de las flores,
tu manto celestial corre sembrando
de perlas, de perfumes y colores.

Los verdes limoneros
mecidos por el viento que arrebatata
sus blancos azahares,
se inclinan en los húmedos senderos
como el bajel que en los revueltos mares,
dobla ante el huracan sus masteleros.

Y es, que tu noble espíritu adivinan,
y por rendir á tu bondad tributo
agradecidos, su ramaje inclinan
para brindarte su esquisito fruto.

Tambien sobre esa cúspide sagrada
que embellecen eternas primaveras,
por flores y por mirtos alfombrada,
se ven volar ligeras
blanquísimas palomas
que al posarse en los picos de las lomas,
entre el denso verdor del musgo leve,
parecen copos de cuajada nieve,
las cuales en la limpia transparencia
que el plumaje presenta en su abandono,
bendicen tu inocencia
mientras arrullan tu divino trono.

Todo tu nombre ¡oh Madre! lo engrandece
en este pueblo que en tu luz confía,
que en los trasportes de su amor te ofrece
su honor, su fé, su vida y su armonía.

Tierra de la virtud y los amores,
doble mansion de glorias
ganadas con valor por tus mayores,
escritas en tu honor en las historias.

¿Qué puedo yo decir en tu alabanza,
Murcia, que llegas con tu fe hasta el cielo
si pobre peregrino en este suelo
voy buscando en el mundo una esperanza
para aliviar un alma sin consuelo.

Si yo al dejar un tiempo mis hogares
que el Betis en sus aguas retrataba,
abrumado por duelos y pesares
oscuro y triste el porvenir miraba,
ni mis sueños siquiera me revelaron
el pomposo esplendor de estos confines,
donde los cielos el amor crearon
y al corazón creyente regalaron
arcángeles, perfumes y jardines.

Por eso aun cuando miro ya desiertas
las ilusiones á que el alma aspira,
de nuevo ante el encanto de tus huertas
vibran las cuerdas de mi pobre lira.

Tú, Virgen de la Luz, oye mi ruego
con esa tu mirada protectora,
prende en mi ser el sacrosanto fuego
que infunde tu bondad consoladora.

La cúpula del templo que inmutable
detiene al vendaval en su carrera,
do su divina cruz inalterable
les sirve á sus estragos de barrera,
la mira el pueblo con amor profundo
como la cuna en que su fé cristiana
vió la primera luz en este mundo;

por eso ante la esencia soberana
que brota de tus gracias virginales,
humíllase sumiso
esperando las dichas inmortales
que lleva en su grandeza el paraiso.

Símbolo honrado de lealtad bendita,
al consagrarte sus devotas preces
se eleva el alma en la sagrada ermita,
donde halló su consuelo tantas veces
en la dulce mirada de tus ojos.

Tú, que sientes chocarse los despojos
que arroja el mar en sus violentas luchas
al rugir de furiosas tempestades,
y que el crujido desastroso escuchas
al hundirse en la nada las edades;

desde esa enhiesta accidentada sierra,
en donde al cielo tu diadema toca,
el paso siempre á la desgracia cierra
y ampara al que te llama en esta tierra
y al que en los mares tu piedad invoca.

Antonio Alcalde Valladares.

A LA VIRGEN DE LA LUZ

(Premio concedido por el Sr. D. Javier Fuentes y Ponte; una preciosa acuarela de Manresa, con un rico marco.)

Lema: ¡Madre!

I

La luz del alba, en el rosado oriente,
sus alas de carmin y oro despliega,
y en onda refulgente
hasta mi sien enardecida llega.
Duerme la creacion, calla la brisa
desmayada en el cáliz de las flores,
y de los cielos la primer sonrisa
retratan los arroyos bullidores.
El ave esconde, en actitud sumisa,
bajo el sutil plumaje su cabeza,
y solo yo, á través de mi ventana,
me abismo en la belleza
con que se viste la gentil mañana.
La vega, dilatándose lozana
cual rica chineria,
semeja manto de oriental sultana
bordado de vistosa argenteria
y calados de mora filigrana.
La luz con que se enciende el horizonte,
con fúlgida aureola

ciñe al lejano monte,
que en bellos cambiantes
esplende y tornasola
con fulgores de nacar y diamantes.

El momento es solemne: todo calla:
nada á mi voz le robará el sonido:
ya de entusiasmo el corazon estalla
desatándose en rítmico latido,
y puedo, al cielo santo,
alzar la voz y remontar el canto.
Roto está el nudo que tenaz sujeta
sobre el haz de la tierra á los mortales,
y el alma libre se remonta inquieta.
¡Paso, paso, Querubes celestiales,
con la Madre de Dios habla el poeta!

II

Rendido, Madre, en la mortal refriega
que en el mundo sostengo,
á tu presencia desolado vengo;
donde el cielo despliega
las galas que le presta tu hermosura;
donde tu esencia divinal fulgura.
Aquí donde al cometa,
que rueda sobre el eje diamantino,
tu voluntad sujeta
parándolo en mitad de su camino.
Donde tu egregio manto
pueda enjugar mi llanto,
del que hago solo en tu presencia alarde,
pues se que mi quebranto
no has de juzgarlo por temor cobarde.

¿Cómo, Virgen bendita,
si yo te miro, con la faz marchita,
en la cumbre del Gólgota eminente

abrazada á la cruz, donde inclemente
raza infame y precita,
dió muerte ignominiosa
al Hijo de la Madre mas hermosa?

¡Hermosa sí! porque jamás se viera
de Nazaret, en la region templada,
doncella como tú tan hechicera,
tan noble y tan amada.
¿Y cómo no adorarte,
si pienso, cuando miro tu grandeza,
que el mismo Lucifer pudiera amarte,
si fuera susceptible de nobleza?

Perdona, Madre mia,
si estando en tu presencia, arrebatado
en alas de mi ardiente fantasia,
rompo el limite helado
que enfrena la poesia
que tiene por objeto un ser sagrado;
y que en rudo lenguaje,
exprese lo que siento
desnudo de oropel y de ropaje.
¿Qué importa que no encuentre el pensamiento
palabras propias con que exprese el labio
del alma el sufrimiento?
¿Qué es, en suma, ante tí, Señora, el sábio?
Audacia nada más y atrevimiento;
y la mejor palabra es un agravio
que empaña el luminar del sentimiento.

La frase rebuscada y escogida,
sin conciencia aprendida,
que siempre al sentimiento fué contraria,
no es nunca ¡oh Madre! la mejor plegaria.
Que la oracion sentida
es aquella que arranca el llanto y duelo,
que, improvisada, el corazon la crea

y sube y alatea
hasta cernerse en el azul del cielo.

Por eso yo, Señora,
no pido á la feráz naturaleza
para poderte hablar, la voz sonora
con que ruje el volcan en la maleza,
ni el trueno á la tormenta bramadora.
Más propio del amor que te profeso,
será, Madre querida,
quererte dar en cada frase un beso,
que puro ascienda á la region serena,
cifrando mi fortuna
en que llegue hasta tí á posarse ileso,
como suele posarse en la azucena
fúlgido rayo de argentada luna.

¡Oh, si pudiera!... Pero ¿quien lo duda?
En la contienda ruda
con que batalla el corazon cansado,
sintiendo como brotan del pasado
deleites sin medida
que aumentan la amargura del presente,
yo siento que mi sien enardecida
se ilumina con luz resplandeciente.
Y esa luz, esa luz, Madre querida,
es beso que fulgura
tu excelso labio en la celeste altura,
que llegando hasta mí me infunde brío,
cual suele la flor mústia en la espesura
revivir al influjo del rocío.

¿Cómo nó, si eres Madre cariñosa
que al náufrago infeliz le das acierto
enmedio la tormenta procelosa,
para llegar hasta el seguro puerto?
Oasis del desierto
que, sobre mar de arena removida,

presta sombra galana
á la mísera y débil carabana
que cruza los desiertos de la vida.
¿Cómo no, si al nombrarte, el alma siente
como íntima delicia,
que un rayo de tu luz resplandeciente,
cual maternal abrazo la acaricia?
Si tu nombre dulcísimo, Señora,
resume y atesora
del tierno amor la celestial poesía,
la esencia de la flor y su belleza,
del coro de querubes la armonía,
del beso de una madre la grandeza,
el tierno efluvio del suspiro amante,
la fé de los sencillos corazones
y el vuelo murmurante
con que ascienden á Dios las oraciones.

Por eso yo, con invencible anhelo,
ansioso de tu amor y tu consuelo,
con alas de condor volé á la altura,
llegando al mismo cielo
por contemplar mas cerca tu hermosura.

III

Mas no tan solo por mi bien guiado
llegué, Señora, á tu mansion divina:
de patriótico amor vengo inflamado
y noble aliento al corazón anima.
En Murcia, que es mi tierra,
una modesta ermita se levanta,
sobre la verde falda de la sierra:
en ella se venera imágen Santa
en quien mi pueblo adora:
allí busca refugio aquel que llora;
al pié de sus altares
entonan mis hermanos sus cantares,

depositan la fé de sus amores
y con vistosas flores,
nacidas en los cármenes mas bellos,
adornan á la imágen milagrosa.
La Virgen de la Luz la llaman ellos,
y esa Luz eres tú, Madre amorosa.

¿Qué más podré decirte? Ya mi lira
lanzando las postreras vibraciones,
parece que suspira
y en sollozos convierte sus canciones.
Mas antes que descienda de la altura,
escucha el ruego que mi amor te envía:
conserva de mi pátria la fé pura;
que mientras sirva su esplendor de guía
y en los espacios infinitos vibre
la voz del patriotismo y la hidalguía,
mi pueblo ha de ser grande, noble y libre.

Eduardo Martinez y Rebollo.

A NUESTRA SEÑORA LA VIRGEN DE LA LUZ.

(Premio concedido por D. Rosendo Alcàzar Zamorano:
Tres tomos, obras de Perez Escrich.)

Cercando la fertil vega
que el Thader undoso baña,
álzase una cordillera
de sierras enmarañadas;
azul dosel que sombrea
á la murciana comarca,
que entre el murmurante rio
y las enhiestas montañas,
vergel florido parece
de los cuentos de las hadas,
donde dulce primavera
tiene su eterna morada.

Allí el fresco limonero
sus verdes ramas enlaza
con el silvestre terbinto
y las floridas acacias.
Luce pomposo el olivo
con hojas verdes y blancas,
viendo á sus piés extendida
la vid, que fresca y lozana,
oculta el dulce racimo
bajo el manto de esmeralda.
Junto al enano tomillo
álzase erguida la palma,
y entre azuladas violetas,
amarillentas retamas,

encarnadas amapolas
y campanillas rosadas,
asoma el violado lirio
y la siempreviva gualda,
bordando con sus colores
rica alfombra matizada,
que desde las altas cumbres
hasta la llanura baja.

Oculto por un recodo
de la riscalosa montaña,
un humilde monasterio,
pobre y sencillo se alza,
donde la virtud se esconde
silenciosa y retirada,
como precioso brillante
que caja rústica guarda.

De su reducida ermita
sobre sencilla portada,
se ostenta el lábaro santo
signo de la fé cristiana,
como la blanca paloma
que sobre el nido posada
cobijando los hijuelos
extiende las niveas alas.

Dentro del templo bendito
que adorna lucida grana,
cual estuche primoroso
que guarda joya preciada,
donde la olor del romero
con el incienso mezclada,
aspira el pecho oprimido
en santa y tranquila calma;
sobre el altar bendecido
lindo camarín se halla,
donde una Luz esplendente
místicos rayos derrama
en éxtasis misterioso
dejando el alma arrobada,

A NUESTRA SEÑORA LA VIRGEN DE LA LUZ.

(Premio concedido por D. Rosendo Alcázar Zamorano:
Tres tomos, obras de Perez Escrich.)

Cercando la fértil vega
que el Thader undoso baña,
álzase una cordillera
de sierras enmarañadas;
azul dosel que sombrea
á la murciana comarca,
que entre el murmurante río
y las enhiestas montañas,
vergel florido parece
de los cuentos de las hadas,
donde dulce primavera
tiene su eterna morada.

Allí el fresco limonero
sus verdes ramas enlaza
con el silvestre terbinto
y las floridas acacias.
Luce pomposo el olivo
con hojas verdes y blancas,
viendo á sus piés extendida
la vid, que fresca y lozana,
oculta el dulce racimo
bajo el manto de esmeralda.
Junto al enano tomillo
álzase erguida la palma,
y entre azuladas violetas,
amarillentas retamas,

encarnadas amapolas
y campanillas rosadas,
asoma el violado lirio
y la siempreviva gualda,
bordando con sus colores
rica alfombra matizada,
que desde las altas cumbres
hasta la llanura baja.

Oculto por un recodo
de la riscalosa montaña,
un humilde monasterio,
pobre y sencillo se alza,
donde la virtud se esconde
silenciosa y retirada,
como precioso brillante
que caja rústica guarda.

De su reducida ermita
sobre sencilla portada,
se ostenta el lábaro santo
signo de la fé cristiana,
como la blanca paloma
que sobre el nido posada
cobijando los hijuelos
extiende las niveas alas.

Dentro del templo bendito
que adorna lucida grana,
cual estuche primoroso
que guarda joya preciada,
donde la olor del romero
con el incienso mezclada,
aspira el pecho oprimido
en santa y tranquila calma;
sobre el altar bendecido
lindo camarín se halla,
donde una Luz esplendente
místicos rayos derrama
en éxtasis misterioso
dejando el alma arrobada,

cual si la triste materia
para siempre abandonara.

Allí del mundo las dichas
y penas son olvidadas
por el mortal que contempla
Luz tan peregrina y rara.
No es el argentado rayo
de la luna nacarada
que brilla en el firmamento
entre nebulosas gasas;
ni el refulgente lucero
que alumbra la luz del alba,
ni los bellos arreboles
con que á la aurora engalana
Febo, al asomar su disco
entre las ondas amargas;
ni tampoco el deslumbrante
sol que en el cénit abrasa,
ni el que las cimas colora
cuando hacia el ocaso baja,
ni del véspero el rosado
fulgor que brilla y se apaga.

Es mucho mas pura y bella,
mas radiosa y mas diáfana,
mas sutil, mas penetrante,
mas viva y mas argentada.
Es una Luz que ilumina,
no los ojos sino el alma;
que consuela y purifica
cuando en esta se refracta.
Con ella la fé se enciende,
con ella la duda acaba,
y la impiedad atrevida
se confunde y se anonada.
Ella en el herido pecho
dulce bálsamo derrama,
y es para el alma creyente
faro de dulce esperanza.

Por ella luce en el valle
tanta flor y gala tanta;
por ella mana la fuente
agua tan dulce y tan clara.

Porque todo lo que es bello
todo de Maria emana;
que ésta es la luz portentosa
que en el camarín irradia.

Ella de Dios escogida,
ella por Dios exaltada,
la luz que de Dios recibe
sobre el cristiano derrama.

Y aunque entre riscos y peñas
tiene su santa morada,
un altar en cada pecho
le dá la gente murciana.

Juana Marin-Baldo de Martínez.

AL ILUSTRE POETA
DON JOSÉ ZORRILLA

CON MOTIVO DE SU POEMA

DE MURCIA AL CIELO.

(Premio concedido por los Sres. Conde de Roche, Marqués de Villalva, D. Antonio Sandoval y D. Ricardo Sanchez Madrigal, á quienes está dedicado por su autor, el poema «De Murcia al Cielo»: Un reloj de sobremesa.)

Lema: *Parvus in magno.*

LA OCTAVA CORONA

SONETO.

En alas de tu génio soberano
que despide vivísimos fulgores,
trazaste con sus galas y primores
el fiel trasunto del *Edén Murciano*.

Desde la sierra hasta el florido llano
perlas vertiste, en ritmos seductores,
y el *Angel* de los cándidos amores,
un celestial pincel puso en tu mano.

Solo tu inspiración ¡oh! *gran Zorrilla*,
tan sublime pintura trazar pudo:
de hoy más, un nuevo *Sol* en *Murcia* brilla,

Que en *Paraiso* transformó su suelo;
y es la *Octava Corona* de su Escudo, (1)
tu Poema inmortal, *De Murcia al Cielo*.

Francisco Pareja de Alarcon.

(1) El Escudo de Murcia tiene siete gloriosas Coronas.

AL EXCMO. SR. DON JOSÉ ZORRILLA.

(Premio concedido por D. José Martínez Tornel: una pluma de oro.)

LO QUE DECIMOS LOS DOS.

SONETO.

Dices de Murcia, con tu lira de oro,
que es portento de luz y lozania.
Y yo digo que encierra tu poesía
de inestimables perlas un tesoro.

Dices que á Murcia la adoraba el moro
como el soñado Eden en que creía.
Yo digo que á tu rica fantasía
No agotas nunca su raudal sonoro.

Dices que un ángel, con potente vuelo,
y mandado por Dios, á Murcia vino
y se tornó prendado de este suelo.

¡Yo digo que te inspira algo divino!
y cuando dices que «de Murcia al cielo»,
digo que son tus versos el camino.

Virgilio Guirao.

À LA MEMORIA DE MI QUERIDO AMIGO

D. LOPE GISBERT

(Premio: dos estatuas de bronce concedidas por la Excm. Sra. Doña Isabel Gisbert.)

Lema: Dies laboris tota sua fuit vita.

Tú no eras un hombre vulgar. No, tú, Lope, eras un hombre extraordinario.

Los hombres vulgares, sin talento, sabiduría ni virtudes, suelen á veces levantarse á los puestos más altos y algunos alcanzan fortuna, respeto y honores que no se merecen.

Otros que tienen verdadero mérito por su ciencia y por la elevación de sus sentimientos, suelen quedarse arrinconados viviendo y muriendo en la oscuridad de su pobreza.

Ambas cosas ocurren con frecuencia en medio de la sociedad en que vivimos, aun cuando no por ello debemos establecer como principio absoluto, que en este mundo los honores y la fortuna se hallan reservados únicamente para los que son indignos de merecerlos y la pobreza y la oscuridad para los buenos y los sábios.

Pero tú, Lope, eras un hombre de tan extraordinario mérito, de tanto valimiento, que, apesar de tu escasa fortuna, de tus condiciones de modestia, de tu carácter opuesto á las intrigas y falacias que sirven para elevarse subiendo por los peldaños de la escala social, y á despecho del enemigo que llevaste siempre dentro de ti mismo, no pudiste dejar de adquirir una posición y un nombre digno de respeto, si bien no llegaste á la meta de tus merecimientos, porque, en más de una ocasión, se te adelantaron con sus intrigas otros muchos para venir á ocupar el puesto que era tuyo, legítimamente tuyo.

Pero si la clara luz de tu entendimiento, de tu ciencia y de tus virtudes no pudo dejar de brillar y de lucir por el mundo, lo que lució fué poco, muy poco, en comparacion de su intensidad y de su potencia que era como la de todas las luces, inversamente proporcional al cuadrado de la distancia de su foco.

Pocos, muy pocos se pudieron aproximar á ti lo bastante para verte de cerca y alcanzar á comprender todo tu valimiento. La mayoría de los hombres con quienes tuviste relaciones sociales y políticas, no llegaron á intimar contigo lo bastante para inspirarte la confianza de buenos amigos. La distancia á que estuvieron de tu alma no les permitió conocerla bien para poder estimar toda sus excelencias.

Algunos que fuimos tus amigos más íntimos y que hoy lloramos tu pérdida y tu muerte en aquellas tan apartadas y remotas islas del archipiélago Filipino, no éramos bastante doctos para penetrar en los arcanos de tu sabiduría, y solo sabíamos quererte y admirar tus virtudes.

En este número me contaba yo con grande orgullo de poder decir en todas partes. «D. Lope es amigo mio. El me busca y quiere que lo acompañe, cuando huyendo del bullicio de las gentes, busca reposo en la soledad de los campos ó en el retiro de su gabinete, repleto de libros y de trabajos literarios debidos á su pluma, de los cuales me ha leído muchos.

¿Por qué Gisbert, este grande hombre, no buscaba á otros hombres tan grandes como él, sabios eminentes y mas doctos que aquellos que habia elegido para hacer de ellos sus mas íntimos amigos?

La explicacion de esta conducta era fácil de dar y de comprender.

D. Lope Gisbert, hombre sabio en todo linaje de humana sabiduría, desconfiaba mucho de la sabiduría humana y profesaba el principio santo de

Initium sapientiae timor Dei.

De aquí su modestia.

El, filósofo profundo, matemático, filólogo, moralista, literato distinguido y gran conocedor de la historia, cuyos relatos sabia apreciar y distinguir para ponerlos en su punto de

verdad, era sobre todo esto un grande artista, un gran poeta, enamorado de lo bello en la naturaleza y en el arte. Sabia perfectamente que el sentimiento de lo bello, lo bueno y lo justo, alcanza más, mucho mas allá, que el raciocinio, el análisis, la induccion y la experiencia de los fenómenos físicos, cuya observacion viene á dar por resultado la base y los fundamentos de todas las ciencias. De todo el saber humano.

Su alma de artista se recreaba en la contemplacion de lo bello, más que su grande entendimiento y su espíritu de sábio profundo, pudiera complacerse en el estudio sublime de las ciencias físicas, morales y políticas, en que era tan adelantado y en las que tanto habia penetrado con sus estudios y meditaciones.

Por tales razones, D. Lope, que en las academias, en el Ateneo de Madrid, en el Parlamento y en altas regiones oficiales aparecia siempre como de los campeones mas ilustres, luchando constantemente en defensa de la verdad y de la justicia, viendo triunfar en muchas ocasiones el error hijo de la ignorancia ó de la mala fé, de las pasiones humanas ó de las exigencias políticas, se retiraba cansado de tales luchas y buscaba en la soledad ó en amigos modestos sencillos de corazon y mas amantes de lo ideal que protegidos por la fortuna, el soláz, el descanso y la satisfaccion de su alma de poeta, de sus sentimientos de artista.

Gisbert era muy aficionado á enseñar algo de lo mucho que sabia, procurando hacerlo siempre que se encontraba con alguno que necesitara de sus lecciones.

En la huerta ó en el campo, conversando con los labradores ó los jornaleros, le vimos en mas de una ocasion explicándoles rudimentos de agricultura, de astronomía, de física ó de química, de moral y de religion, haciéndolo siempre con tal sencillez y claridad, poniendo ejemplos tan interesantes y tan fáciles de comprender, que todos sin dificultad aprendian de sus lábios, lo que ningun libro ni profesor les habria podido enseñar.

Tenia este hombre extraordinario la propiedad de transmitir á los demás su amor á la virtud y la sabiduría. Segun era el

individuo, el lugar y las circunstancias, así encontraba lo que decir y que tratar con cada uno, para que todos quedaran encantados de aquel sábio, de aquel hombre virtuoso, de aquel corazón tan noble y de aquella palabra tan elocuente.

Indudablemente, D. Lope había nacido para la enseñanza. Era un verdadero apóstol de la moral y de las ciencias.

Muchas veces le oímos sentencias, máximas y preceptos enteramente suyos que nos dejaban llenos de asombro y del deseo de cumplir con su mandato. En estos preceptos era donde yo encontraba la fotografía de su alma.

Recuerdo en este momento la regla de conducta que nos daba un día diciendo:

Nunca se debe tomar cantidad grande ó pequeña de la que no se pueda dar un recibo para que nuestro mayor enemigo lo exponga al público el día que quiera.

Esta es, ha sido y será siempre mi regla de conducta, amigos míos.

El que la sigue duerme tranquilo. El que la desatiende no sabe cuando podrá llegarle el momento de tener que arrepentirse y que llorar ó avergonzarse de haber faltado á Dios, á la sociedad y á sí propio, tomando lo que no debía tomar ni era legítimamente suyo.

Habia en D. Lope un hombre para seguir por las huellas y caminos de San Agustín ó de San Pablo, y otro que parecía propio para vivir en la corte conquistando laureles y altos puestos. Estos dos hombres habitaban juntos dentro de don Lope. El uno radiante de gloria terrenal y el otro de gloria celestial. La lucha entre los dos era terrible, muy terrible; pero no la veían todos y pocos acaso podrían comprenderla.

Su libro favorito, el que ningún día dejó de leer aun cuando se lo sabía de memoria, era la Imitación de Cristo, escrito por el P. Tomás de Kempis. Tenía muchas ediciones en varios idiomas de esta obra tan conocida; pero el que él usaba más era un tomito en 16.º, impreso en latín en una antigua casa editorial de Madrid, á principios de este siglo.

Aquel ejemplar estaba primorosamente encuadernado en tafilete con cantos dorados y lo había encuadernado él mismo,

cuando siendo estudiante de derecho en la Universidad de Madrid, y viviendo pobremente, como vivía, en el cuarto del capellan del Hospicio, entró á trabajar y aprender el oficio de encuadernador en casa de Morera, donde ninguno de los operarios podia suponer que aquel jóven tan laborioso, era el mismo que ya habia alcanzado sus primeros triunfos de orador en la Academia de Jurisprudencia, creada por aquellos años y establecida en la calle de la Montera, frente á la iglesia de San Luis.

Eran tambien libros de su predileccion las obras de San Agustin, las de Fray Luis de Granada, las de Platon y de Sócrates, los poetas clásicos griegos y latinos, las de Bossuet y las de Silvio Pellico, habiendo hecho una traduccion del original italiano, «Los deberes del hombre», que publicó en sus años de estudiante, poco despues que habia publicado en casa de Callejas sus Traducciones de la Aritmética y el Algebra de Bourdon y la Geometria de Veusente, ganándose con estos y otros trabajos lo necesario para vivir en Madrid y seguir su carrera de abogado á la vez que cursaba ciencias, idiomas, literatura y diversos estudios especiales, en todos los cuales se distinguió notablemente por su aplicacion y su talento extraordinario.

La historia de D. Lope Gisbert en su edad de 16 á 25 años, es poco sabida ó conocida, á no serlo por sus íntimos amigos de entonces, pobres estudiantes como él lo era, con quienes vivió en un desvan del cuarto del Hospicio de Madrid, en compañía del capellan de aquel establecimiento D. Bernardino Garcia. Hoy ya no existen la mayor parte de aquellos sus amigos. Los unos han muerto pobres y oscurecidos, otros han alcanzado los mas altos puestos y alguno que no nombro, porque vive y figura en las mas elevadas regiones del gobierno, creo que siempre conserva respeto á su memoria, por mas que las divergencias políticas vinieran á separarlos, despues de aquellos primeros años de su amistad.

En la Universidad, era D. Lope uno de esos tipos raros que en medio de la muchedumbre estudiantil, se distinguen de una manera singular por su conducta, por su talento, por su modestia y su pobreza, infundiendo cierto respeto y admira-

cion á los condiscípulos, á todos los que cursaban en otras asignaturas, á los profesores y hasta los porteros y los vedeles de las aulas.

Veíasele siempre llegar en el momento preciso de entrar en la cátedra, solo, con el mismo traje modestísimo hasta el extremo de revelar su pobreza; pero limpio y aseado de modo que no hubiese cosa que pudiera prestarse á ponerlo en ridículo ni que apareciese extravagante.

No desdeñaba el trato de sus compañeros, aunque tampoco buscaba sus amistades para perder con ellos un tiempo que le era preciso aprovechar en horas y minutos.

Tomaba asiento en el rincón más apartado y oculto de la clase, y allí permanecía atento á las explicaciones del profesor, sin distraerse nunca, ni preocuparse de los demás.

Cuando el profesor le nombraba para que dijera la lección del día, lo cual solía ser muy frecuente, la expectación general y el silencio más profundo reinaba en la sala. Tal era la reputación que tenía ya adquirida entre sus compañeros y profesores.

D. Lope, sin gran presunción de orador, como otros que después le han seguido en aquellas aulas, hacía su discurso, sencillo, completo, profundo, claro y elocuente, sobre la materia que había de hablar y que discernir, dejando siempre la más grata impresión en todos sus oyentes.

Terminada la clase, salía precipitadamente para dirigirse á donde sus obligaciones le estaban esperando, ya fuese á otras clases, ya fuese á la Biblioteca nacional, ó bien al taller de encuadernación de Morera, en la plaza del Progreso, cuando no á corregir pruebas para la imprenta en casa de Calleja, ó en el rincón de su boardilla.

No había medio de detenerle en los claustros ó en la calle Ancha de San Bernardo, para pasear por sus aceras ó entrar en un café á perder el tiempo en frívolas conversaciones propias de la juventud alegre. El sabía escusarse siempre de una manera digna y atenta para que no se ofendiera ninguno, y todos tubiesen que confesar la verdad de que D. Lope era un joven digno del mayor respeto.

Toda su vida fué D. Lope gran madrugador y siempre se

levantó como los pastores con el lucero del alba, esperando la luz y la claridad del día por algún tiempo, que lo empleaba en su oración y meditación, dando paseos por su cuarto. Esta práctica la ha conservado toda su vida, hasta el punto de que alguna vez nos hemos encontrado con él en un viaje dentro del mismo coche del ferro-carril, y hemos respetado su silencio, con los brazos cruzados y la cabeza caída sobre el pecho, durante media hora de la madrugada, sabiendo como sabíamos que en aquellos momentos D. Lope estaba de visita con Dios, y que no se le podía ni debía distraer, hasta que no descendiese del Sinai, bajando á la tierra por donde iba rodando el tren que nos conducía sobre dos barras de hierro.

Muchas, muchas cosas extrordinarias podríamos citar de la vida íntima de Gisbert, que no son conocidas de todos y que pasaban desapercibidas para los mismos que le veían mas de cerca; pero para dar una muestra de alguna de ellas, diremos lo que le ocurrió al terminar sus brillantes ejercicios el día en que tomaba el grado de licenciado en derecho.

Este día, queriendo detenerle y obsequiarle sus profesores y algunos otros que habían presenciado los actos, dijo:—«Señores no puedo perder un solo momento. El tribunal está reunido y tengo que acudir inmediatamente á presentarme delante de mi contrincante en las oposiciones que estoy haciendo á una cátedra de Matemáticas». Ninguno sabía esto.

En aquel día, D. Lope Gisbert recibió la investidura de abogado, y ganaba por oposicion una cátedra de Matemáticas que se le confirió en el Instituto de San Lucas de Barrameda, y luego permutó con el profesor que la tenía en el de Murcia.

—Otro rasgo de su vida íntima. Por el mes de Setiembre de 1848, poco despues que yo había trabado amistad con D. Lope Gisbert, que ya era catedrático de Matemáticas en el Instituto de Murcia, ambos salimos de esta ciudad para Madrid, yo en direccion á mi escuela de Arquitectura y él con direccion al Ateneo, donde estaba empeñado en sus lecciones de la lengua universal, con D. Bonifacio Sotos Ochando.

En la segunda jornada del carrito que nos llevaba á Albacete para tomar allí la diligencia de Valencia á Madrid, una madrugada fresca y deliciosa, cuando el sol empezaba á des-

puntar por el remoto horizonte del oriente y ya D. Lope habia cumplido su primer deber de la media hora primera de cada dia, convinimos en abandonar el toldo de cañizo que nos cubria dentro del carro, para dar un paseo por aquellos campos que preceden al Puerto de la Mala Mujer.

Anda que te anda, anduvimos mas de una legua á pié.—D. Lope era gran andador y él me hizo serlo en muchas ocasiones.

De este modo llegamos á dar vista á una casita ó cortijillo pobre que estaba próximo al camino, rodeada de algunas paleras y con su horno á la puerta, dando á entender que en aquella casa no se comia otro pan que el amasado en la misma, cuando no faltaba en ella la harina de trigo ó de cebada. Era una pobre casa del campo.—Gisbert sin decirme nada y como si quisiera que lo dejase solo, abandonó el camino prestando que iba á pedir un vaso de agua en aquella casa.

Yo le seguí.—Una pobre mujer que estaba á la puerta echando de comer á sus gallinas y sus gallos, nos dió una jarra con agua. Vaso no tenia ninguno. Lope y yo bebimos en la jarra, y al dar las gracias para volver al camino, Lope, que hubiera querido estar solo y sin testigo, puso en mano de aquella pobre mujer un duro. Ella se asombró de ver semejante moneda, y dijo: «¡Jesús Maria! ¡Un duro! ¿Está V. en su cabal juicio, señorito?»

—Lope le contestó: «Guárdelo V. y que Dios le dé salud, buena mujer.—Vamos, me dijo, y le volvimos la espalda en tanto que ella no cesaba de gritarnos: ¡Dios se lo pague á V.! ¡Dios se lo pague!»

—De más que me lo está pagando, me dijo Lope cuando nos alejamos del cortijillo.

—Eres espléndido, Lope, y pagas bien un trago de agua, le dije yó.

—No, no soy tan rico que pueda pagar el agua á duro el sorbo; pero lo que he dado á esta mujer, era suyo.

Entonces me dijo que algunos años antes pasando por aquel sitio, con una galera cargada de estudiantes, fueron á beber agua al mismo sitio, y alguno de ellos le robó á esta pobre una gallina, que por la noche fué guisada con arroz en la po-

sada de Hellin, donde él no pudo prescindir de comer con los demás y participar de aquella gallina robada. Que desde entonces tenia siempre la idea de pagar la gallina, y que por esta razon le habia dado veinte reales para que la cobrara con réditos y verse libre de todo remordimiento.

Despues añadió.

No hubiera querido que se enterase nadie de ésto; pero ya que Dios ha querido que seas tú testigo del resarcimiento hecho á esta pobre, no se lo cuentes á nadie, y guarda el secreto de este pequeño caso que has presenciado.

—Yo no se lo he contado á nadie en vida de Lope. ¿le falto contándolo ahora á todo el que lo quiera saber?

D. Lope Gisbert no era un hombre vulgar, como deciamos al comenzar estas páginas á su memoria. D. Lope era un hombre extraordinario.

Andando los tiempos, despues que Lope habia pasado algunos años en Murcia, trabajando como abogado, como profesor de matemáticas, como director de un colegio privado que creó en su propia casa, y manteniendo á sus padres y á sus hermanas con decoro, á la vez que dando carrera á su hermano menor; cuando Dios dispuso, primero, de su querido padre el virtuosísimo D. Dionisio Gisbert y luego de su angelical hermana Asuncion, que murió como virgen purísima que Dios llama á gozar de la gloria celestial, antes que los reptiles venenosos de la tierra, puedan llegarse á morder su castidad y su pureza; cuando por fin, D. Lope Gisbert, sin buscarlo ni pretenderlo, se creció en nombre y llamó la atencion de los hombres políticos y poderosos, creyendo encontrar en él un digno representante de Murcia, y fué nombrado diputado á cortes, tuvo que lanzarse á la vida política y en el congreso se manifestó muy pronto como uno de sus oradores mas correctos, mas castizos y mas ilustrados.

No sé, ni quiero saber, lo que D. Lope hizo ó dejó de hacer para desagradar á los que le habian hecho diputado; pero conste que yo soy de opinion que á ningun diputado que tenga criterio propio, se le puede mandar al parlamento con la obligacion de hablar y defender lo que se le ordene condenando su libre albedrio y sus opiniones. Esto no puede ser.

De entonces comienza la vida del hombre público en don Lope Gisbert, y de esta vida, que el público ha podido conocer y juzgar con mas ó menos acierto, es de la que menos sabemos ni conocemos sus íntimos amigos, los que jamás entendimos de política, ni figuramos en ella como soldados de última fila.

Así pues, no hablaremos de lo que no sabemos y cualquiera podría corregirnos la plana; pero sí diremos que al volver de la Habana, cuando el vulgo, ese mónstruo que define Silvio Pellico tan admirablemente, hablaba de D. Lope como habla de todo el que vale más que él, diciendo:—«¡Ha traído veinte millones de reales!»—«D. Lope ha venido rico, muy rico de la isla de Cuba». En aquellos dias tuvimos ocasion de saber *bien sabido* que D. Lope vino tan pobre como se fué á la Habana.

Su sueldo lo habia gastado en mantener sus obligaciones de casa en Madrid, donde habia dejado á su esposa enferma y no la volvió á ver mas, en sostenerse con el debido decoro en aquella isla, en pagar débitos que tenia en Madrid por consecuencia de malos negocios en los que habia sido engañado como siempre por las personas en quienes habia depositado su confianza y, por último, en sostener algunas pensiones de viuda, estudiantes y parientes pobres, á quienes socorria sin que el vulgo lo supiese.

La obra de su casa en esta ciudad y la que hizo en el retiro que se preparaba en Cañadicas, y que no ha llegado á disfrutar, se hicieron, y yo sé que no sobraban los medios y recursos para pagar su escaso presupuesto.

Por fin, D. Lope me dijo un dia en su casa de Madrid: «Amigo mio, me voy á Filipinas con una buena colocacion. Es cargo difícil y de gran responsabilidad; pero me voy á trabajar en estos últimos años para ver si ahorro algo para mis nietos, y puedo volverme á descansar en mi vejez entregado á una vida retirada entre mis libros y mis amigos en Murcia y en Cañadicas».

Volvió de Filipinas despues de un año, y entonces me dijo que contaba conseguir su objeto con otros dos años mas de estancia en aquellas islas; pero que ya no le hacia volver allá

ninguna ambicion de fortuna; que estaba cansado de luchar y que solo le obligaba á regresar á Manila su honra en la defensa de los intereses comprometidos por la compañía, los cuales tenia esperanzas de salvar haciendo marchar el negocio de una manera ventajosa.

Volvió á embarcarse y nos separamos para siempre.

En Filipinas ha dejado un nombre tan grande, tan respetable y tan querido, como acaso no lo ha dejado otro ninguno de los peninsulares que fueron al archipiélago oriental para ocupar un puesto semejante.

Yo he oido hablar á muchos de aquellas apartadas regiones, venidos á España por primera vez, y á todos por igual los he oido decir:—D. Lope es un sábio, y un hombre tan grande por su sabiduría como por sus virtudes extraordinarias.

No cabe extenderse más en un escrito de esta naturaleza, que ya vá siendo demasiado largo y para concluir diremos: que la verdadera historia de D. Lope no puede saberse por nadie y no se sabrá nunca.

El tuvo siempre su mayor empeño en ocultar los móviles de su alma, y era muy fácil equivocarse al formar juicio de sus acciones.

Un ejemplo de esta verdad y acabo con lo que pudiera decir y escribir respecto de este grande hombre.

La madre de D. Lope, mujer de grandísimo talento y de singular virtud, queria y respetaba á la vez á su hijo, cuya conducta consideraba intachable.

Érase por los años de 1849 al 1850. Lope vivia con sus hermanas y con su madre Doña Isabel Tornel, en aquella casa frente á la puerta lateral de San Lorenzo.

Doña Isabel observó que su hijo salia todas las noches después de las 12 y volvia á la madrugada sin que su madre pudiera imaginar á donde iria en tales horas ocultándose para salir y entrar en su casa.

Con la repetición de estas salidas en altas horas de la noche, llegó á infundir algunas sospechas en el ánimo de aquella señora que tan alta idea tenia de su hijo, omando las pre-

cauciones para averiguar á dónde iría, y sirviéndose de un amigo de confianza, se pudo saber:

Que D. Lopé se dirigia al Hospital de San Juan de Dios á visitar á un pobre señor anciano desgraciado, hombre de talento que habia disfrutado de buena educacion y fortuna, viniendo á encontrarse en los últimos años de su vida, reducido al mayor abandono, solo en el mundo y sin recursos de ninguna especie, terminando sus dias en una cama de aquel asilo de Beneficencia como el pobre más desvalido del mundo.

D. Lope pasaba las horas al lado de aquel enfermo que no dormia y que necesitaba más de consuelos y amistad y conversacion con una persona ilustrada, que no de medicamentos inútiles para contener el curso de su enfermedad.

Tales eran las escapatorias de D. Lope Gisbert en noches frias del invierno de 1850.

Fuera largo, muy largo, decir cuantas acciones como estas ejecutaba D. Lope Gisbert, sin que fuesen sabidas por ninguno de sus amigos. Acaso un dia publicaremos un libro á la memoria de este grande hombre, y podremos narrar otros episodios curiosos que han de hacer justicia á sus merecimientos.

La vida del hombre público es más conocida.

¿Quién ignora el servicio extraordinario que prestó á su patria en la comision que desempeñó en Francia, Inglaterra y Alemania para el arreglo de la Deuda Española?

Cuando volvió triunfante de aquella gloriosa empresa, supimos que un hombre de Estado, acaso el primero de España, le dijo en el congreso dándole un abrazo:

—D. Lope, ha hecho Vd. lo increíble.

Yo no creia posible alcanzar lo que Vd. ha alcanzado.

Ha salvado Vd. la Hacienda Española.

¿Cómo ha podido Vd. hacer tan gran milagro?

—Estoy acostumbrado.

Luego añadió: Me ha hecho reir lo que me han dicho de la cuenta de gastos de su viaje. Mi ayuda de cámara viaja con más lujo que Vd., siendo embajador plenipotenciario del Gobierno.

D. Lope no contestó nada. D. Lope era un hombre de bien.

José Marin Baldo.



LITERATURA. FALLO DEL JURADO.

En grato cumplimiento del encargo que se les confiara, los que suscriben han examinado detenidamente las obras literarias presentadas al Certámen del DIARIO DE MURCIA en el corriente año, y sin necesidad de discusion, unánimemente, por igual impresionados é influidos, ya de la inspiracion abundosa y fulgurante de unas obras, ya del clásico y vigoroso estilo de otras, de la ternura y sentimiento de algunas, como de la correccion y originalidad de todas las buenas,

Acordaron:

El premio al mejor elogio del ilustre murciano Sr. D. Lope Gisbert, á la composicion núm. 21, cuyo lema es «*Dies laboris tota sua fuit vita*».

El concedido á la mejor poesia dedicada «A Ntra. Sra. de la Luz» á la núm. 6, cuyo lema es «De Murcia al cielo»; otro premio dentro del mismo tema, á la número 12, cuyo lema es «¡Madre!» y *mencion honorífica*, para la núm. 5, cuyo lema es «Zenramit».

De entre los sonetos dedicados al primero de los poetas españoles, D. José Zorrilla, con motivo de su inspirado poema «De Murcia al cielo», se concede el premio ofrecido, al que tiene el núm. 10 y el lema de «*Parvus in magno*»; y otro premio al núm. 13, que lleva por lema «Lo que decimos los dos».

Finalmente, y habiendo de distinguir una composicion sobre todas, con el premio de honor, creyeron digna de tal merecimiento la núm. 11, cuyo lema es «Que Murcia es un tulipan, etc.»

En Murcia á 3 de Setiembre de 1888.—ANTONIO HERNANDEZ AMORES.—FÉLIX MARTINEZ ESPINOSA.—P.—EL CONDE DE ROCHE.—AGUSTIN ABRIL.—PASCUAL MARTINEZ PALAO.

LITERATURA. FALLO DEL JIRADO.

Fallo del Jirado. Se trata de un expediente que se sigue en el Jirado de la Universidad de San Carlos de Guatemala, para la calificación de los trabajos de los alumnos de la Facultad de Filosofía y Letras. El Jirado está compuesto por un número de profesores que son designados por el Rector de la Universidad. Su función es examinar los trabajos de los alumnos y emitir un dictamen sobre su calificación. Este dictamen es el que sirve de base para la asignación de la nota final del curso. El fallo del Jirado es un acto de gran importancia para los alumnos, ya que determina su éxito o fracaso en el curso. Por lo tanto, es muy importante que los alumnos estén bien preparados para el examen del Jirado. Este texto describe el proceso del fallo del Jirado y los derechos de los alumnos.

Fallo del Jurado que ha examinado las Memorias presentadas.

Dos son las memorias presentadas al certámen del DIARIO DE MURCIA, para obtener el premio ofrecido al mejor trabajo sobre «El estudio climatológico de Murcia y medidas higiénicas que se pueden introducir en la ciudad y su huerta, para mejorar sus condiciones de salubridad». Corresponden por orden de presentacion á los números diez y ocho y ventidos, siendo esta última, cuyo lema es «¡Murcia mia, cuanto te amo!» la que á juicio del jurado merece la preferencia, por su indiscutible superioridad. La califica su autor, con escuiva modestia, de *apuntes para el tema de concurso*, y mas que apuntes constituyen una verdadera topografía médica de Murcia y su huerta, obra que, á la altura en que se encuentra la higiene pública en la actualidad, por el reconocido adelanto que en el presente siglo han tenido las ciencias auxiliares, ya hacia tiempo se dejaba sentir entre nosotros, que por las condiciones especiales en que nos encontramos situados y por los agentes nocivos que constantemente obran sobre nuestra poblacion, necesitamos dar un lugar preferente en nuestra administracion pública al ramo de la higiene.

Si, como es natural, el iniciador de este certámen se proponia algo práctico y útil para nuestra querida ciudad, lo ha conseguido con exceso obteniendo por resultado una obra, cuyas ventajas prácticas podremos apreciar con el tiempo si nuestra natural indolencia no deja de aprovecharse de los sabios consejos que el autor de la memoria dá á los encargados de velar por el bienestar público.

De gran extension, como exige la multiplicidad de materias propias de la higiene de una poblacion, puesto que en ella hay que tratar de los infinitos modificadores que de continuo obran sobre nosotros; el aire, el calor, la electricidad, la luz, los meteoros, el suelo, la casa, la vida social, etc.; ha sabido tratar cada uno de estos puntos de una manera detenida, con conocimiento científico, proponiendo el remedio mas fácil y hacedero; que en ello no sabe el jurado que apreciar mas, si la ilustracion científica del autor, ó el talento práctico que revela para hacer que en esta ciudad sean posibles tales mejoras.

La obra está escrita con lenguaje claro y sencillo al par que correcto, presentando una particularidad en esta clase de escritos científicos, que lo material y árido del objeto está adornado con las bellezas de su forma literaria, presentando una lectura al par que instructiva, agradable é interesante.

Pues aun cuando en ocasiones decae algun tanto, obedece indudablemente al cansancio y la fatiga que han debido ocasionar al autor, el escribir, en un plazo determinado, de asuntos tan complejos como la memoria abraza.

El jurado quisiera dar en este dictámen una noticia completa y detallada de ella, pero la indole de este documento y el acto en que ha de ser leído, le obligan á sustraerse á tal deseo, limitándose á exponer ligeramente el indice de materias de que se ocupa.

En la primera parte del estudio, ó sea lo *Mesologia*, se ocupa de la situacion geográfica, altitud, limites, division municipal y habitantes, con escrupulosa minuciosidad, siguiendo á esto algunas noticias hidrográficas y geológicas de la localidad, para entrar de lleno en el estudio de la atmosfología.

Considerando el autor la gran importancia que el aire atmosférico tiene para la vida, por ser uno de sus elementos principales, y apreciando la frecuencia con que en él se encuentran las causas de las enfermedades, ya conduciendo el gérmen de ellas como sucede en las endemias y epidemias, ó bien imprimiendo al organismo modificaciones dependientes de los cambios de presion, temperatura, humedad, etc.,

formando así las llamadas constituciones médicas, ha dedicado un capítulo á esta parte de la higiene, en el que trata con tal minuciosidad de la composición del aire, de sus condiciones, presión, temperatura, humedad, evaporación, hidrometeoros, electricidad, etc., confirmando sus asertos al final de cada párrafo, con las observaciones decenales tomadas de nuestra estación meteorológica, sirviéndole estos elementos para tratar, al final de esta parte de la memoria, del *clima*, con precisión y exactitud en un asunto que con dificultad puede apreciarse, pues mientras unos creen el clima de Murcia cálido y seco por fijarse en la temperatura mas persistente, el autor lo considera como templado y ligeramente húmedo, fundándose para ello en la *variabilidad*, carácter dominante de tales climas, como puede apreciarse en las oscilaciones medias y extremas que en diferentes cuadros presenta para su comprobación.

La segunda parte, la que tiene verdadero carácter práctico, la *demografía*, la considera dividida en dos secciones; una referente á la ciudad y otra á la huerta.

En la primera trata de su emplazamiento, barrios, calles y paseo, plazas, pavimentos, limpieza, urinarios y retretes públicos, arbolados, ocupándose despues de los edificios públicos; aquellos que son foco permanente de mefitismo miasmático, hospital de San Juan de Dios y departamentos de dementes, para enfermos; casa de Espósitos y maternidad, hospicio de Misericordia, Cárcel, Cuartel, Asilo de hermanitas de los pobres y de Oblatas, para sanos. Los que son foco permanente de mefitismo pútrido, como matadero, cementerio y muladar; terminando lo referente á edificios públicos, con los establecimientos bromatológicos, como la Plaza pública, Carnicería y Pescadería.

Al hacer el estudio de cada uno de estos puntos describe el estado actual de los edificios, las ventajas que cada uno reporta y los inconvenientes de que adolecen, presentando cada una de las modificaciones que deben introducirse en todos los servicios, exponiendo la razón científica de las mejoras y facilitando los medios para llevarlas á la práctica.

Relacionada con todos los asuntos tratados anteriormente

en esta segunda parte de la memoria, la *canalización subterránea*, la trata aisladamente por considerarla de vital interés para la salubridad de la población, dando de esta manera unidad á esta parte de la higiene, de que todos los tratadistas se ocupan con preferencia, por creer tanto más saludable una población cuanto mejor es la canalización subterránea; y en efecto, es digna de estudio, pudiendo apreciarlo así los que lean la memoria. Considera el agua, sangre arterial de las ciudades, que lleva la vida y la actividad á los más recónditos órganos y tegidos que componen el organismo urbano; y el *drenaje y alcantarillado*, sistema venoso que recoge aquellas sustancias que han servido para su nutrición, después de las infinitas transformaciones y modificaciones que han sufrido en los diversos usos á que han estado destinadas; y este símil es precisamente el que le sirve de base para hacer la clasificación de esta materia, dividiendo los canales subterráneos en *aferentes*, abastecedores de aguas, y *eferentes*, drenaje y alcantarillado.

En cuanto al abastecimiento de aguas aprueba y aplaude la de Sta. Catalina por sus excelentes condiciones de potabilidad, pero considerándola deficiente para todos los usos de la vida, opta por complementarlo con las aguas del río depuradas por filtración, ó lo que cree más sencillo, por perforaciones artesianas á corta distancia del álveo del río y próximo á la Contraparada. Aunque estos ensayos no se han practicado todavía en ningun punto como medio abastecedor, están fundados en observaciones particulares cuya causa explica con suma sencillez.

Aconseja el drenaje, como medio de desecar el suelo donde haya de construirse cualquier edificio, citando el ejemplo de varias poblaciones de la Sologne, donde practicado, ha hecho desaparecer el paludismo, y termina esta parte con un largo artículo sobre alcantarillado; en él escogita lo mejor que se ha escrito sobre el particular, haciéndolo aplicable á esta población.

La higiene de la ciudad la termina con los establecimientos bromatológicos, como son la plaza pública, carnicería y pescadería, que combate de una manera irrefutable por conside-

rarlos de pésimas condiciones higiénicas, y con los baños y lavaderos públicos.

Es la parte relativa á la huerta un extenso capítulo, en que después de interesantes reflexiones acerca del valor social del hombre rural y de sus relaciones con el urbano, hace una descripción completa de esta parte del municipio, fijándose para los fines de la higiene principalmente en la habitación y en el basurero, en los riegos y limpieza de cauces y en el drenaje.

Combate la vivienda, entre otros motivos, por el exceso de humedad del suelo, para lo que propone la desecación por drenaje, desecha el basurero que actualmente se utiliza, declarándose partidario de la construcción de los llamados cerrados y que son los prescritos por los tratados de agricultura, considera los azarbes y landronas existentes, como deficientes por su número para el saneamiento de los terrenos bajos, aconsejando se aumenten en número y profundidad, procurando que la limpieza sea más frecuente; y siguiendo el plan trazado en la población, continúa con el estudio de los edificios públicos, no encontrando digno de ocuparse más que de los cementerios; los considera altamente perjudiciales para la salud, probando con razonamientos convincentes la necesidad imperiosa de su clausura, pero previa organización del servicio de transportes fúnebres al gran cementerio de N. P. Jesús.

Pasando al verdadero campo de la Medicina, estudia las causas de las enfermedades, dividiéndolas en causas comunes procedentes de la localidad y causas especiales ó sea de las endemias. Fijándose especialmente en estas, ataca de lleno el problema más árduo é importante, que es el referente al paludismo, estudiándolo bajo un criterio recto y severo; expone las teorías más importantes que la ciencia moderna ha formulado para darse cuenta de su patogenia, inclinándose particularmente á la de Tommassi Crudelli, la cual le sirve de norma para la explicación de la producción y desarrollo de las enfermedades maláricas y para las indicaciones de los medios profilácticos que enumera.

Expone además las enfermedades comunes ó esporádicas,

las formas especiales que las pirexias adquieren y termina con algunos apuntes de epidemiología particular, dando fin á su concienzudo trabajo con noticias estadísticas acerca del movimiento y censo de población.

Hay motivos, como se vé por esta breve reseña, para que el jurado considere esta obra como una verdadera topografía médica capaz de figurar al lado de las mas completas y acabadas; porque si bien no se ocupa de algunos puntos, como las condiciones individuales y orgánicas del murciano, su régimen habitual, el grado de moralidad y civilización, industrias, etc., estos, al par que secundarios, no entran de lleno en el verdadero tema del certámen, esperando de su autor que si la memoria se dá á la imprenta, pueda ultimar su obra, puesto que manifiesta condiciones especiales para estos estudios, pudiendo aprovecharse de ellos los médicos que empiezan el ejercicio de la profesion, apreciando la modalidad propia de las enfermedades en Murcia y sirviendo de consulta á todos aquellos que llamados por sus conciudadanos á administrar sus intereses, puedan hacerlo con verdadero conocimiento en todo aquello que tenga relacion con la salud pública.

Por lo tanto el jurado propone que se adjudique el premio al autor de la memoria núm. 22; pero manifestando al mismo tiempo que no creyendo en relacion el premio con el trabajo presentado, debe proponer al iniciador de este certámen la conveniencia y necesidad de su impresion y publicación, para que sirva por un lado de complemento al premio otorgado al autor, y estímulo para que continúe extendiendo esta clase de trabajos para los que manifiesta buena aptitud; y por otro, para que puedan leerlo y estudiarlo todos aquellos á quienes pueda aprovechar su lectura.

· · · · ·
· · · · ·
Rafael Garcia de las Bayonas.—Gaspar de la Peña.
Francisco Medina.

Cantidades recibidas en metálico para premios y nombres de los donantes.

	Pesetas
Sucursal del Banco de España	600
D. José María Muñoz	500
Excmo. Sr. Obispo	250
Diputación.	250
Ayuntamiento de Murcia	250
Sociedad Económica.	225
Sr. Conde del Valle	150
Sr. D. Mariano Aguado.	100
» » José Melgarejo Escario.	100
» » Diego Conzalez Conde	100
» » Alejandro Marco.	25
» » Juan Piqueras.	25
» » Pedro Gomez Esbry.	25
Srta. D. ^a Victoria Diez de Vicente.	25
Sr. D. Gaspar de la Peña Rodriguez.	25
» » Tomás Pellicer	25
Srta. D. ^a Soledad Ruiz de Tejada	25
Sr. D. Pedro Martinez Garre	10
» » Vicente Fernandez Olmeña.	6
» » Joaquin Gonzalez	5

Premios en objetos.

- S. M. la Reina Regente: Una estatua de bronce.
 Sra. D.^a Isabel Gisbert: Dos estatuas de idem.
 Sr. D. Javier Fuentes: Una acuarela en rico marco.

Sr. D. Leandro Ruiz Martinez: Un gran cuadro con el retrato de S. M. la Reina Regente.

Sr. Conde de Roche, D. Antonio Sandoval, Sr. Marqués de Villalba y D. Ricardo Sanchez Madrigal, un reloj de sobremesa.

D. Rosendo Alcázar Zamorano: Cuatro tomos obras de Perez Escrich.

Sra. D.^a Eloisa Martinez, de Gil de Aballe: Dos tomos de Lecturas Populares del P. Coloma.

Sr. Obispo: Otros dos libros iguales y un reloj de sobremesa.

Sr. D. Antonio Peña Rodriguez: Un barómetro.

Sr. D. Eduardo Gomez: Un traje en corte.

D. Manuel Isó: El confeccionarlo.

D. Fernando Castillo: Cuatro mapas.

D.^a Cármen Parrilla: Doce libros pequeños de lectura piadosa.

D. Antonio Molina Gonzalez: Doce libros de sus cuentos y fábulas.

D. Tomás Museros: Quince Cartillas Agrarias.

D. Francisco Saura Velasco: Ocho ejemplares de su libro Deberes Religiosos y Sociales.

Sta. D.^a Dolores Soriano Lisson: Una escribania de metal y una relojera.

Sr. D. José Pino y Vivo: Una escribania de bronce y niquel.

Srta. D.^a Mercedes Ruiz: Cien libros en miniatura para los niños.

Premio especial.

D. José Santiago Orts, costear la segunda enseñanza al niño que se presentase con mas instruccion primaria,

Premios especiales á los maestros.

A D. Juan Antonio Soriano, el cuadro del retrato de S. M. la Reina Regente.

A D. Antonio Meseguer, la escribania de D. José Pino y Vivo, por el párvulo que ha presentado.

A D. José Martínez, de Torreaguera, la relojera de la señorita D.^a Dolores Soriano Lisson.

Premios en metálico.

Con los donativos del Banco de España, del Excmo. Sr. don José María Muñoz, D. Alejandro Marco y otros, se han concedido los siguientes:

SEIS DE 75 PESETAS.

A Manuel Hernandez (el sillero), José Perea, Juan Madrid, Juan Gallego, Purificacion Azcoytia, Consuelo Toledo.

OCHO DE 50 PESETAS.

A Cármen Leante, Dolores Perez, Isabel Vicente, Agustin Garcia, Francisco Lopez Navarro, Adelina Roca, Fermina Hernandez, Jose Charro Lopez.

VEINTIDOS DE 25 PESETAS.

José Ortiz Lopez, Fernando Pozo, Maria Bueno, Francisca Saez Rufete, Juana Beltran, Dolores Flores, Isabel Torralba, Ana Garcia Andreu, Remedios Hernandez, Jose Rocamora Pareja, Pedro José Romero, Miguel Molina Sanchez, Manuel Reyes, Andrés Tomás Pareja, Antonio Garcia Gonzalez, Domingo Navarro, Francisco Llanes, Juan Antonio Soler, Joaquin Lopez Rex, Antonio Martí, Francisco Ganga, Francisco Fernandez Gomez.

Premio de la Diputacion.

Cuatro de 40 pesetas, á cuatro amas externas que fueron: Isabel Garcia, de esta ciudad, presentó á Ana Maria de San Nicolás, niña de 18 meses.

Josefa Martinez, de Monteagudo, á Josefa de San Nicolás, niña de 10 años, baldada.

Isabel Mata, de esta ciudad, á Cristina de San Nicolás, niña de 3 años.

Rosario Cantero, de esta ciudad, á Josefa de San Nicolás, niña de 3 años.

Niños presentados y sus profesores.

Pablo Viñola Sanchez, de la Escuela de la Misericordia, por D. Pascual Martinez Palao.

Juan Jimenez Sanchez, profesor D. José Martinez, de Torreagüera.

Francisco Gonzalez Corbalan, profesor D. Pedro Vera, de Beniajan.

Antonio Monerris Javier, profesor D. Manuel Ponce, del Barrio.

Baldomero Sanchez Garcia, profesor D. Casto José Serrano.

Alberto Sevilla Perez, profesor D. Francisco Martinez.

Ricardo Campillo Gonzalez, profesor D. José Puig, de Santomera.

Antonio Perez Sanchez, profesor D. Jose Maria Lopez, de los Garres.

Antonio Ripol Guardiola, profesor D. Lesmes de S. Nicolás, Puebla de Soto.

Juan Manresa Barba, profesor D. Antonio Gomez, de Monteagudo.

José Meseguer Hernandez, profesor D. José Maria Hernandez Meseguer, de Aljezares.

Luis Gomez Gomez, profesor D. Justo Mas. de Albatania,

Ginés Gomez Sotomayor, profesor D. Francisco Trigos, de Puente Tocinos.

Juan Almarza Solera, profesor D. Jesús Lopez Trigueros.

José Maria Riera Siboni. Escuela auxiliar de la Normal, profesor D. Antonio Meseguer.

José Maria Munuera Hernandez, de la Normal, profesor D. Francisco Morote.

Antonio Navarro Segura, profesor D. Salvador Castaño, de Espinardo.

José Andreu Muñoz, profesor D. Manuel Bastida.

Miguel Sanchez Sanchez, profesor D. Francisco Guirao, de Churra.

Pedro Lopez Beltran, profesor D. Juan Antonio Soriano. Ganó el premio de D. José Santiago Orts.

José Pujante Sánchez, profesor D. Joaquin Fernandez Font, de Aljucer,

Fernando Lopez Rocher, profesor D. Alberto San Nicolás, de Nonduermas.

Balbino Espinosa Ramirez, profesor D. Antonio Puig, de Santa Eulalia.

José Maria Cerezo Riquelme, profesor D. Francisco Ros Garcia, de la Alboleja.

Salvador Berche Sandoval, profesor D. José Sanchez, de Barqueros.

Niñas presentadas y sus profesoras.

Carmen Griñan Quevedo, de Beniajan, profesora, doña Vicenta Gabaldá.

Juana Martinez Bernal, profesora D.^a Cármen Santos.

Josefa Gil Saura, del Palmar, profesora D.^a Rosario Hernandez.

Carmen Capel y de San Nicolás, de S. Andrés, profesora D.^a Josefa Morote.

Josefa Chumillas, de la clase de dibujo de la Academia, profesora, D.^a Isabel Blanquer.

Angelina Pujante Guzman, de la Raya, profesora, D.^a Catalina Arnaez.

Dolores Frutos Valiente, Escuela Normal, profesora doña Dolores Faixá.

Encarnacion Meseguer Arroniz, profesora D.^a Fuensanta Arévalo.

Adela Hermosilla, San Lorenzo, profesora D.^a Joaquina Martinez.

Angela Chacon Pineda, profesora D.^a Maria Ronchel Ortiz.

Encarnacion Hernandez Velasco, de la Alberca, D.^a Sinfrososa Egea.

Niños aspirantes al premio de D. José Santiago Orts.

Faustino Rute de Abad, profesor D. Manuel Ponce.

Mariano Fargas Sanchez, profesor D. Eduardo Ronchel.
 Jesús Vicente Ortin, de la Normal, profesor D. Francisco Morote.

Antonio Dubois Garcia, profesor D. Antonio Bernal Urrea.

Emilio Garcia Martinez, profesor D. Juan Antonio Soriano.

Emilio Ramirez Valiente, profesor D. Antonio Bernal.

Gastos.

	<u>Reales.</u>
Premios en dinero para los niños.	2240
22 premios de 25 pesetas.	2200
6 idem de 75 id.	1800
8 idem de 50 id.	1600
Por los libros regalados.	1040
A cuatro amas de la Inclusa.	640
Pavos para el Hospital, Misericordia, Inclusa y Asilos.	460
Reloj del Sr. Obispo.	440
Arreglo del Instituto y del Teatro.	400
Carne para los asilados en la Misericordia.	180
Al Sr. Verdü por la orquesta del teatro	160
Regalo especial á una niña	160
Al Sr. Espada, por la música en el Instituto.	100
Pluma de plata	42
Varios premios limosnas, fuera de concurso.	190

Cargo y Data.

Recibidos. 10.884 reales.

Gastado. 11.652 »

Gracias á todos los que me han ayudado, favorecido y honrado en este segundo certámen.

Hasta el año que viene.

José Martinez Tornel.

